

# Una tarjeta postal para Jorge Ferrer

---

Octavio Armand

VIVO EN CARACAS, SI ES QUE VIVO EN CARACAS, PERO LE ESCRIBO DESDE EL 40-40 de la calle Hampton, Condado de Queens, Nueva York. Aquí están los dos grandes aeropuertos de la ciudad, Kennedy y La Guardia. Es un consuelo tenerlos acá, pues me permiten sentir que habito la parte más cosmopolita de Nueva York: se halla tan cerca de París como de Londres. O Pekín. O Guantánamo, que es donde mi padre quisiera estar. ¡Qué fácil es salir de Queens para aterrizar en cualquier sitio! ¡Y qué difícil cruzar el río para llegar a Manhattan, que es vivir! Para eso existe el *subway*, que lamentablemente por aquí —Elmhurst— no lo es. Subterráneo resultaría menos irritante. Elevado sobre la Avenida Roosevelt, su trájín impone una censura bullanguera y eficaz. A escasas cuerdas se pueden contar uno a uno sus latigazos. Desde mi cuarto, sin embargo, se podría pensar que no existe. No obstante, ahí está, seguro como el paso del mulo en el abismo, aunque, lamentablemente, no tan confiable como yo, que soy más puntual que los reyes de Inglaterra. En raras ocasiones, casi siempre al amanecer, oigo ese trueno que lleva a la gente rumbo al purgatorio. O al infierno. Es el comienzo del *rush hour*, la hora pico, en la faena diaria de la clase trabajadora. Yo no he tenido que padecer eso. No pertenezco a la clase trabajadora. A gente como yo no hay que buscarla entre las páginas de Marx sino entre las de Veblen. Si me preguntan qué hago, suelo —y puedo— contestar: lo menos posible. En pocas palabras, estoy instalado a mis anchas, aunque sean estrechas, en la clase ociosa, que no es necesariamente una clase odiosa. Nunca he dejado de sentir punzadas de culpa. Si a mí me sorprende el amanecer es porque no he dormido durante toda la noche. Se trata de un lujo. A mi madre, al contrario, de lunes a viernes la arranca del sueño un despertador. A veces, a mí también me devuelve a la luz ese despertador: jamás uno mío, que no lo tengo, sino el suyo. El de mi madre, que en este segundo exilio que nos ha tocado vivir, y ya con más de setenta años, trabaja de *rush hour* a *rush hour* en una factoría de la calle 23. Para atenuar la culpa quizá piense que el ruido del *subway* es casi una *música callada*. O una conga desafinada que atraviesa los Urales para llegar, como a una *ínsula extraña*, a mi habitación en el 40-40 de la calle Hampton. Sé que no es así. Mi madre, que me pide que duerma un rato, acaba de despedirse ahora mismo. «Otra vez tuviste la luz prendida toda la noche».

Hoy es el 3 de mayo del 2005. Pero le escribo el 3 de mayo de 1978. O el 9 de septiembre del 79. O un frío, congelado 17 de febrero del 80. Usted escoja. A mí me da lo mismo. Vivo, si es que vivo, en un tiempo arqueológico. Sólo porque el tiempo geológico no está a mi alcance. Al parecer, eso que llaman el presente, tampoco. En la historia, esas memorias de Alzheimer, he conocido sólo fragilidad e incertidumbre. Se invierten los signos. Se olvidan. Se inventan. El *hic et nunc* de los antiguos, para quienes han nacido con la zozobra hecha, es un ¿dónde? y ¿cuándo? Quiero invitarlo a compartir la luz de Troya. Quiero que colabore en *escandalar*. Al leer unas líneas suyas, supe que usted bien podría compartir la aventura. ¿Se embarca con nosotros? Escoja el rumbo: Tierra Firme, Infierno, Cielo. Algún sitio desconocido nos espera. Llegaremos hasta la gota de agua que nos separa de otros mares. Esa gota de agua puede ser un poema, un ensayo, un cuento. ¿Qué nos enviará? ¿Con qué podemos contar?

Me pide unas páginas sobre *escandalar*. Burla burlando va la primera delante. Contradiendo lo que acabo de decir acerca de un Octavio romano y ocioso, supe asumir un reto que exigiría esfuerzos considerables. En el verano del 77, durante una cena en un pequeño restaurante alemán de Uptown Manhattan, Víctor Batista me sorprendió con un ofrecimiento que agradeceré siempre. ¿No crees que es hora de que dirijas una revista? En la pregunta se cifraba una generosidad relampagueante y de mano franca. Muy suya por cierto. En la respuesta también se extendía una mano franca. A veces dar y recibir un regalo es como un niño que aprende a cruzar la calle. Hablé de oficina, teléfono, secretaria. Dije que no, nada de eso era necesario. Así nació *escandalar*, que se hizo siempre en casa de mis padres y cuyo teléfono fue siempre el HI 6-4694, que era el de esa casa. El trabajo de la dirección, sobre todo en los dos primeros años, fue considerable. Pero, además, yo era redactor, telefonista, *office boy*, mensajero, secretaria. Fui corrector, junto con Luis, mi hermano, que se ocupaba de la diagramación. Con Luis subía hasta nuestro segundo piso, las cajas que nos llegaban cada tres meses de la imprenta, siempre en Los Ángeles. Ahí nos ocupábamos, entre los dos, de la distribución: preparar de inmediato el envío a colaboradores, suscriptores y librerías, llevar todo a la oficina de correos; luego, bajar a una habitación del sótano de la casa, que era nuestro depósito, las cajas restantes debidamente numeradas, para eventuales ventas o suscripciones futuras. Ya clausurada la revista ocasionalmente llegaban pedidos. Sobre todo de bibliotecas universitarias, que querían la colección completa. En junio de 1991, tras la muerte de mi padre y la decisión de que mi madre y mi hermano me acompañaran en Caracas —los herederos de los Giotis acababan de vender el 40-40—, hice cuanto pude para que fueran adoptadas las colecciones que quedarían huérfanas. Eran unas cuantas. Envié dos, tres, cuatro, lo posible, a varios amigos. Otras a Caracas. El resto, ay, no es literatura, como quisiera poder decir con Verlaine. Es pulpa. O menos. Traté de que una institución cultural «hispanica», como se suele decir por allá, heredara el depósito. Que claro. Que sí. Que qué maravilla. Pero nada. Pero cero. Pero nunca. Entonces autoricé a mi

hermano —yo estaba en Caracas preparando la llegada de la familia— para que dos muchachos del barrio, por \$100, vaciaran el sótano de los Giotis. Así lo hicieron. El lector final de aquellas impecables colecciones fue el Department of Sanitation of the City of New York, rimbombante y anglosajón eufemismo de la basura.

Creo que será mejor recordar otras cosas. Cosas que fueron motivo de satisfacción y alegría. Y que todavía ahora me hacen pensar que aquel esfuerzo valió la pena. Comencemos por la presencia que tuvieron escritores y artistas cubanos del exilio como tales. En la revista, se vivía esa condición con entereza y sin ningún complejo. Y sobre todo, sin que nadie se tuviera que sentir atrapado en un ambiente parroquial y morboso. *escandalar* no era un gueto. Ahí los cubanos ni entraban como eunucos ni quedaban condenados al incesto. Cada quien podía enseñar, enormes y ensortijadas, las raíces. Como un *bonsai*. O podía saltar del *loco dolenti* hacia la nada zen o el *tótum* propio, único. La locura no tenía que medir 90 millas. Lo cubano, a pesar de la escasa isla que era el exilio de aquellos años, no fue excluyente. Al contrario. Ahí mostró su mejor raíz al acoger a quienes vivían sus orillas cerca o lejos de las nuestras, exigiendo, únicamente, como pasaporte, el fuego compartido. Cuba estuvo muy presente siempre. Tanto en el Consejo de Redacción como en el equipo de colaboradores. La entrega monográfica *Cuba otra*, correspondiente a los números 17-18, o sea, enero-junio de 1982, cristalizó esta temática.

*escandalar* ya había logrado fuerza, peso. Era un centro gravitacional que atraía cada vez más lectores, amigos y colaboradores. Paradójicamente, *Cuba otra*, esa balsa de sílabas que hicimos para regresar a la Isla, significó el comienzo del fin. Guillermo Cabrera Infante me había advertido de que iba a ser un *harakiri*. Lo fue, ciertamente. *Seppuku* que sí. Pero no por los motivos que Guillermo se pudo imaginar. Él pensaba en una campaña de rechazo promovida por Che Guevaras de bolsillo. No fue así. Esa entrega tuvo una excelente acogida. El problema no fueron los Che sino el bolsillo. Pero mejor, sigamos. *Cuba otra* era sólo la primera de varias entregas monográficas esbozadas o programadas. Logramos hacer la segunda de ellas, *la mujer/la escritura*, correspondiente a los números 21-22, de enero-junio de 1983. No así la encargada a amigos chilenos sobre el exilio latinoamericano. Era imposible —imperdonable— cerrar la revista, justamente, tras la publicación de *Cuba otra*, como estuvo a punto de suceder. *escandalar*, así concluida, hubiera parecido una burda maniobra política patrioter. No lo fue. Nunca lo fue. Ni siquiera cuando en sus páginas se estableció una polémica muy recia con Ángel Rama, cuya visión del escritor latinoamericano del exilio, que generaba catálogos de autores contemporáneos para cada país afectado, en el caso de Cuba se limitaba a lo decimonónico y singular: José Martí. Una aberración desde todo punto de vista. Una superchería académica, calculada, fría, cínica. La política como cirugía plástica, zurda, burda y desfiguradora.

La polémica se abrió con el número 10, de abril-junio de 1980. Ahí se publicaron unas páginas que yo había leído, en febrero de ese mismo año, en el PEN Center de Nueva York, donde se suponía que Ángel Rama participara

en la misma mesa. Rama no asistió, pero sí respondió con un texto que publicamos en el número 13, de enero-marzo de 1981, y con el cual nuevamente polemiqué. Las fechas son elocuentes. Todo comienza meses antes del éxodo del Mariel y se desarrolla precisamente durante aquellos dramáticos sucesos. El Mariel dio una respuesta tumultuaria a la pretensión de borrar a los cubanos del exilio latinoamericano. Fue entonces cuando Reinaldo Arenas llegó a Estados Unidos. Llegó con los *marielitos*. Como un *marielito* más. Llamó a los pocos días de su arribo para solidarizarse con nuestra posición. Le interesó muy particularmente la cuestión del *doble exilio*. Él era, como se sabe, un implacable enemigo del castrismo. Su rabia, tan comprensible como ciega, lo indujo a cometer errores. Por ejemplo, apelar a tácticas no sólo turbulentas sino turbias y, a mi parecer, contraproducentes. Menciono una, que por tratarse de quien se trata, es atinente a la polémica. En ocasión de una beca concedida a Rama por el Wilson Center de Washington, Reinaldo solicitó al Departamento de Estado la expulsión del uruguayo. Me llamó para que me sumara como firmante a esa solicitud. Me negué. No podíamos incurrir en las prácticas que con tanta amarga razón denunciábamos: persecución, exclusión. Dejo este asunto, pero no sin acotar que la polémica despertó mucho interés. Hasta en gente de izquierda. En privado o públicamente, se solidarizaron con la revista. A Salvador Garmendia, de la izquierda guerrillera venezolana de los años 60, lo llegaron a acusar de traidor. El afecto que siempre nos unió, desde que nos conocimos, cuando quizá existían más divergencias que convergencias entre nosotros, le hubiera merecido juicios más severos, sin duda. Severos y patéticos: declararlo *persona non grata*, por ejemplo, lo cual hubiera rebasado los límites de la lógica y el ridículo. Salvador era uno de los seres más encantadores que yo jamás haya conocido. He tenido que usar el imperfecto para este amigo perfecto. Murió hace un par de años en Caracas. Durante su entierro, aún en el cementerio, los amigos teníamos que reír con Salvador. Cuántas anécdotas traviesas, inverosímiles. Cuánta gracia al narrar episodios de su fantasmagórica cotidianidad.

Lo cubano, por lo visto, nos está llevando al borde de lo sentimental. Vamos a resumirlo de una vez con una paronomasia: un caso que alegró la casa. El compositor y musicólogo Natalio Galán, a quien se quiso y admiró en *escandalar* y sus alrededores. Natalio Galán era una sensibilidad erizada: artista, homosexual, mulato, exilado. Amargura y frustración que, dramáticamente, lo llevan a un intento de suicidio frustrado y frustrante: cae vivo, aunque no coleando, al lanzarse de un edificio. Afortunadamente para sus amigos y para Cuba, sobrevivió; lamentablemente para él, pianista y habilidoso bailarín, quedó mal de una rodilla y peor de ambos codos. Un «Adiós, muchachos», o casi, a esos compañeros de su vida que le permitieron bailar como un trompo y codearse con el registro total del piano. Son y diapason fueron suyos. Luego, debido a esa caída que era una recaída en su propia soledad, lo fueron menos. Ni los codos ni la rodilla acompañaban al cuerpo en un ciento por ciento. Eran, diría Trotsky, *emigrados internos*. Estaban ahí, pero no del todo.

Natalio me dio, en Bennington, año 79, una tremenda lección sobre el complejo racial en Cuba. En carne viva, en carne propia, y con iguales dosis de amargura y sinceridad. En esas heridas que jamás cicatrizaron vi un mapa de la Isla y leí un capítulo de su historia, cruel, infernal. Pero nos acercamos, de nuevo, al borde de lo sentimental. Mejor no. Vamos a la satisfacción. A la alegría. En *escandalar* logramos burlar el cerco que la soledad le había tendido a este cubano admirable. Colaboró en la revista, por supuesto. Se logró, además, que su música sonara de costa a costa, lo cual fue un gran estímulo para él en los últimos años de vida. El primer paso se dio en 1979. *escandalar* copatrocinó, con Bennington College, donde entonces yo trabajaba, un concierto, una conferencia y un taller. En ese concierto se estrenó una composición de Natalio: *Bennington 79*. La conferencia no fue tal, pues aceptó gustosamente la sugerencia de que diera una *circonferencia* o una *chachacharla*, algo más libre, más a tono con su propia personalidad, donde pudiera añadir, a gusto y sazón, *coloratura* e improvisaciones. El taller fue un recorrido por la música cubana, del siglo XVI al XX, versión práctica,ailable, de lo que sería *Cuba y sus sones*. Ese taller despertó en Natalio, una vez más, el deseo de tener un piano. No fue posible. Se empezó a reunir el poderoso caballero pero no hubo tiempo. Sí se logró la publicación de *Cuba y sus sones*, que fue iniciativa de *escandalar*. Le propuse el manuscrito, bastante voluminoso, a Manuel Borrás, editor de lo que entonces era una joven editorial española: la valenciana Pre-Textos. Se interesó, pero pidió que consiguiera un prólogo que ayudara a promover la eventual publicación. Le escribí a Guillermo Cabrera Infante, que quería mucho a Natalio, quien aceptó inmediata y gustosamente. Su prólogo garantizó la publicación. *escandalar* se comprometió a comprar una cantidad de ejemplares. Y cumplió. Yo temía, no obstante, que la joven editorial, por mi culpa, por *mea Cuba*, por mi gravísima culpa, no llegara a vieja. Me equivoqué. El libro es uno de los éxitos de Pre-Textos. Música de las esferas para los oídos de Natalio. Un homenaje póstumo, lamentablemente. Otro de tantos.

En vida, llegamos a hacerle un homenaje —con mucha exageración se podría considerar público— y una secreta despedida. Meses antes, quizá un año antes, de su muerte. Tan humilde como sentido, el agasajo le dará una imagen casi fotográfica de la circunstancia que entonces se vivía en el exilio. Y en la revista. Natalio había sido invitado a Miami para un concierto suyo. El último tango pero no en París, donde residió un tiempo al salir de Cuba. Pidió escala en Nueva York para el oblicuo regreso a Nueva Orleans, donde vivía. Quería quedarse tres días en la ciudad para despedirse de la sobrina política, donde siempre se alojaba en sus muy infrecuentes visitas, y de tres amigos: Sabá Cabrera Infante, mi hermano Luis y yo. Un círculo sin solución de continuidad: Sabá me lo había presentado, yo se lo había presentado a Luis, y todos compartíamos el cariño de Natalio, a quien uno llamaba para dar aliento y entusiasmo sólo para recibir de él, aun cuando ya estaba muy grave, recíprocas y crecidas dosis de aliento y entusiasmo. Lo vimos en cuanto llamó y lo invitamos para un almuerzo al día siguiente. Reunidos

puntualmente en el 40-40, rompió la noticia: tenía que partir en 24 horas. El coro baritonal sugirió que aprovechara mejor el viaje, que se quedara otro par de días. Imposible, aseguró: era un boleto de tarifa especial que no podía ser alterado en lo más mínimo so pena de un recargo enorme, etc. Dejé a Natalio con Sabá y Luis en la sala mientras llamaba a la aerolínea. Sí, habría una especie de multa, pagadera en el aeropuerto, si Mr. Galán no despegaba tal cual lo estipulado. Aquello era casi un compromiso de honor. Y el recargo previsto efectivamente era enorme, etc., \$25 o \$30, no recuerdo bien. ¡Al rescate! Los tres mosqueteros reunieron de inmediato la cuantiosa suma que en abultadísimo sobre fue entregada a Mr. Galán. Y partimos hacia el almuerzo, que era homenaje y despedida. El triple-play de Merito Acosta.

Caminamos las ocho o nueve cuadras hasta llegar a la Casa Wong, un restaurante —una fonda— chinocubano situada en la esquina de Roosevelt con la 77. Ahí, el chino Wong, dinástico dueño de lo que yo a veces llamaba, mal agradecido, la Casa Wrong, era muy consentidor: la gente de *escandalar* se podía quedar horas, el tiempo que quisiera, consumiendo un repetido café con leche con repentino y también repetido jarrón de agua helada. Para el homenaje, por supuesto, no habría límite: picadillo para todo el mundo, con cerveza bien fría —para brindar por Natalio, por la música cubana, por Cuba— y luego, no podría faltar, un buen postre y, y, y,, repetido café con repetida jarra. Llegando a la Casa Wong hubo un súbito e infausto cambio de planes y menú. ¿Estás cansado? ¿Puedes caminar unas cuadras más? Decidimos seguir hasta otra fonda, recién estrenada y estrictamente cubana, de cuyo nombre no quiero acordarme. Estaba en la Roosevelt con 69 o 70. Era de un ex cura que se sentó un rato con nosotros y al saber de qué se trataba la reunión pagó una ronda de cerveza. La espuma no compensó aquellos magros sandwiches cubanos ni el flan de cajita que nos encajaron. A pesar de todo, hasta los anfitriones quedamos contentos gracias al contagioso —y quizá, esta vez, un tanto piadoso y teatral— júbilo del homenajeado. Pero el *mardi gras* no terminó ahí. Al regresar a su rincón camagüeyano en Nueva Orleans, lo primero que hizo el desconcertado compositor y musicólogo fue sonar el HI-6-4694. No podía contener la emoción, la proverbial alegría suya. «¿Sabes que no me pidieron nada en el aeropuerto? Mañana mismo les devuelvo el dinero». Oyó, seguramente como canción sin palabras, ni se te ocurra, compra esos lápices que necesitas para las partituras. Interjecciones varias. Y luego, tras un breve pero afinado silencio, el acorde final: OK.

Por la última página voy entrando y quizá no con pie derecho. *escandalar* contó con firmas muy firmes, pero publicó también gente nueva y apenas conocida. El argentino Osvaldo Lamborghini y el chileno Luis Domínguez, por ejemplo. Las fronteras propias fueron ampliándose al ampliar fronteras nunca ajenas: las de quienes con sus escritos, dibujos, y sueños, disminuían línea a línea la distancia entre tú y yo, entre antes y después, abajo y arriba. En nuestro mapa, Rumanía estaba al lado de Japón y Nueva York cerca de todas partes. Todos los caminos conducían a Guantánamo. La

revista fue un *tawantinsuyu*. No de cuatro sino de tres confines que ya conoce: Tierra Firme, Infierno, Cielo. El mundo es poco, queríamos decir con Colón. O los puntos cardinales son tres: Norte y Sur. Esto, con Huidobro, con Chile, tierra larga y angosta que, efectivamente, sólo tiene Norte y Sur. De ahí que subrayáramos como aspecto fundamental de nuestra *estética del horizonte* las traducciones. Con ellas no se trataba solamente de ampliar fronteras, como cuando publicábamos colaboraciones en nuestra propia, aunque como aguantada, lengua. Las traducciones nos permitían borrar fronteras y crearlas. Criarlas casi, como se cría un cachorro de jaguar.

Pero *escandalar*, que pagaba —y bastante bien— las colaboraciones, no podía sufragar, además del costo de la traducción, el pago al colaborador o los derechos a las editoriales. ¿Qué le podíamos ofrecer, por ejemplo, a Bernard Malamud —amigo y colega de Bennington College— a quien le pagaban \$20.000 ó \$25.000 por un cuento? Malamud sabía de la revista. Se le dijo que queríamos algo ¡inédito!, pero que sólo podíamos costear la traducción. Autorizó que tradujéramos un fragmento de novela, entonces rigurosamente inédita, aunque ya contratada y en vías de publicación. Pidió que se mantuviera como *Top Secret* el original. Así se hizo. Y algo de *Las vidas de Dubin* apareció en español, casi simultáneamente con la publicación anglosajona y sin duda suculenta. Pero Malamud, como Michaux, o Barthes, o Steiner —cuya conferencia inédita *The Uncommon Reader*, entregada personalmente en Bennington, fue una primicia de *escandalar*— eran autores ya difundidos en nuestro idioma. No así Donald Barthelme, a quien conocí a través de Malamud. O John Gardner. O Robert Smithson. O muchos otros. De Edward Said, entonces inédito entre nosotros y poco conocido aun en Estados Unidos, publicamos un capítulo entero de *Beginnings*. El palestino y Jules Strand —esposa del poeta Mark Strand, miembro de nuestro Consejo de Redacción—, que entonces trabajaba ahí como editora, lograron que Basic Books nos cediera el derecho de traducción porque sí y ¿por qué no? Lo cierto es que en dos números consecutivos, 4 y 5, o sea, a fines del ya lejano 1978, nuestros lectores pudieron conocer su relectura del texto, entonces despojado de toda incómoda subjetividad —des-autorizado por así decirlo— en aras de una rigurosa ciencia literaria. Said volvía a las teorías de voluntad, al yo nietzscheano y turbulento, a un *querer querer decir* que es parte irrenunciable de lo dicho y de lo que lo dicho quiere decir.

Un autor traicionado a gusto por nosotros fue Cioran. En el tú a tú que los franceses, siempre tan cartesianos, llaman *tête-à-tête*, el rumano podía ser desconcertante. No compaginaba en absoluto su humor, su risa fácil y la que a borbotones despertaba con sus anécdotas y observaciones, con sus amargas páginas. Pensándolo bien, y recordando que (según Caín en su leve (pero acertadísima (y cubanísima)) parodia de Terencio) nada rumano me es ajeno, hay una perfecta congruencia entre la risa y la amargura de Cioran, a quien por supuesto nada cubano le era ajeno. Quiero compartir tres anécdotas suyas, todas muy reveladoras, que sugieren un trasfondo de picaresca española y de absurdo socialista para sus escritos.

Él mismo se había aumentado recientemente el alquiler, me dijo en su ático. Varado en París por la guerra, luego por la paz de cementerio que le tocó a su patria, y no menos por Simone, su mujer, con quien le encantaba hablar en inglés y recorrer en bicicleta turísticos pero diarios kilómetros de Su Majestad la Reina de Inglaterra, Cioran había ocupado ese espacio, alquiler congelado, durante décadas. «Soy justo. Y más aún: generoso. Hasta hace unos meses pagaba 200 francos —equivalentes entonces, en 1979, a unos \$40—; ahora pago 250».

Durante la guerra, los intelectuales asistían a cuanta charla, conferencia, o inauguración se anunciara. Acudía todo el mundo. Me hizo la lista, estelar y sorprendente. Pero, aclaró, nadie iba por las ideas o los cuadros. Todos, sin excepción, asistían por la mesa de quesos y alguna otra maravilla que, como sorpresa, pudiera haber. Trueque de perogrulladas por Gruyère, que en aquellos días —años— de soberana escasez, no era mal negocio. La gente —yo mismo, aclaraba—, se metía trozos de queso en los bolsillos del saco y los pantalones. El pañuelo era excelente para envolver los lácteos digamos más acuosos o fermentados. A nadie se le ocurría, en la solemnidad del momento, utilizar el pañuelo para soplarse las narices. No por falta de resfríos, catarros, estornudos, y diversas ganas. Había que mantener al cuadrilátero de fino hilo, intensamente ocupado por materia olisca, lo más alejado posible del olfato. En cuanto terminaba la conferencia o enmudecían las palabras prologales pero, ay, tantas veces prorrogables, la gente se abalanzaba a la mesa de quesos hasta agotar la existencia. En una ocasión el estrépito fue tal, recordaba, que se volteó la mesa. Había que ver, decía sin aguantar la risa, al académico fulano y al premiado mengano en cuatro patas buscando como pepitas de oro lo que había caído al piso. «A los franceses, como sabe, les gusta mucho el queso. Más que a los ratones». Y muy poco el hambre, que es lo que quiso decir el rumano para quien nada galo resultaba ajeno y todo, o casi todo, incluso el alquiler, era regalo.

En una rara ocasión, Cioran fue visitado por un compatriota suyo, entonces profesor de Filosofía en Bucarest, pero antes amigo de infancia y compañero de bachillerato. Había conseguido ¡insólito! permiso para viajar a París y ¡aún más insólito! para visitar al pese a sí ya célebre pensador del 21, rue de l'Odéon. Algo así como un nada bronceado *Pensador* de Rodin en rumana carne y hueso. Ceausescu no era tan malo como lo pintaba la feroz propaganda capitalista. El profesor y ex compañero, pero todavía amigo, llegó con su esposa circunspecta nunca sorda y siempre muda. Durante la tensa más que extensa visita la dama tuvo que pasar al baño por cuestiones que ni E.M. ni yo, caballeros chapados a la antigua, jamás revelaremos. Lo cierto es que en cuanto se cerró la discreta puerta, el profesor de Filosofía se abalanzó hacia el pensador para susurrarle rápidamente ¡no es mi mujer, es policía! La visita, así premiada por Ceausescu, dejó ese secreto franco que dio un amigo sincero, y una anécdota estremecedora que a estas alturas luce simpática. Una estampa costumbrista.

Ya estoy en el final y aun sospecho que acabando. Usted ha despertado en mí recuerdos agridulces. Recuerdos para un Alzheimer que por penúltima vez ha podido regresar a la Casa Wong. Aquí le dejo, para terminar, la despedida de *escandalar*, redactada en Baraguá en 1878. Creo que le puede interesar. Una hoja suelta encartada como botella al mar en la entrega final, que circuló hacia mediados de abril del 84. Se trata, pues, de un documento inédito.

*Nueva York, 29 de marzo 1984*

*A nuestros colaboradores, suscriptores y amigos:*

*Debido a una grave crisis económica ésta será la última entrega de la revista escandalar. Nos ha cerrado el paso, no nos ha vencido, el diablo de la cantidad. Nos sobra todavía entusiasmo. voluntad, energía, los materiales con que la imaginación logra levantar su puente tirándole piedras a la otra orilla. Los que hicimos posible la revista, todos nosotros, tiramos esas piedras para participar juntos en el milagro: caminamos sobre las aguas. No nos interesó la corriente sino la profundidad; no nos preocupó el gesto transitorio que automáticamente borra a otro gesto transitorio sino la velocidad de las raíces.*

*«La revista, como el escandalar —prometimos en nuestro primer número—, será un espacio abierto al destino. ¿Destino? Destinos: los tres puntos cardinales de la creación y el conocimiento: Tierra Firme, Infierno, Cielo».*

*Eso quisimos que fuera, y ojalá eso haya sido, nuestra aventura. ¿Cómo puede sorprendernos, pues, que nos haya salido al paso el diablo de la cantidad? ¿Pero cómo no reconocer que nos duele, y profundamente, que la cantidad, fría, mecánica, pueda arrastrar lo que las aguas no pudieron arrastrar? No vivimos en el mejor de los mundos posibles. Por eso insistiremos siempre, sobre todo frente a las adversidades, que hay que creer en la otra orilla: hay que crearla. Esa otra orilla está cada día más lejos y cada día más cerca. Hay que crearla a diario, constantemente, para que nadie la confunda con una cantidad, con una distancia.*

*La dirección*

Son las seis de la tarde. O las seis y media. La última luz del día está tendida como un mantel sobre la ciudad. Pronto me servirán la noche. Me alegra que Jorge Ferrer exista. Que escriba *escandalar*, como debe ser, siempre, en llanas y humildes minúsculas. Y me complace haber cumplido: lo prometido está hecho. Como usted vive en Barcelona me despido con «All's Güell that ends Güell». Disfrute esa ciudad. Allí un buey ha arado el cielo para sembrar mejores semillas. Colmo que en heterodoxa pero feliz declinación se remonta al latín *gaudî*, derivado de *gaudêre*, gozar. Yo no aspiro a tanto. Como vivo en Caracas, si es que vivo en Caracas, la noche que cae me parece un augurio. Ya sabré, amigo, sobrevivir en la otra orilla, que ahora es ésta. Envíe su colaboración al 40-40 y no se preocupe por mí, que yo me alumbro con cocuyos.